

Biblioteca-Films

NUM.
415

EL BANDIDO NEGRO

25
CTS.



Leo
Maloney

Eugenia
Gilbert

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 284 - APARTADO 707

Cdad. Gral. Española de Librería - Barriada, 16

B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

REVISTADA POR A. PREVIÁ GERRUTI

Núm. 415

EL BANDIDO NEGRO

DON DESPÉRADO

1927

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el célebre caballista

LEO MALONEY

Adaptación por M. NIETO GALÁN

Exclusivas Cinamond Films

Balmes, 51 BARCELONA

REPARTO

Mac Hale, LEO MALONEY

Rosa Eugenia Gilbert

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Primera parte

En las cumbres de Summit, cubiertas por una copiosa y prematura nevada, nieves que marcaron una fecha trágica para los habitantes del pequeño poblado, un hombre, jinete en un brioso corcel, cruzaba la llanura, dejando sobre el suelo las huellas de su paso. Iba cubierto su rostro por un negro antifaz y su cuerpo se cubría con una larga capa también negra. A la vez que fustigaba a su caballo para que continuase la marcha, se exclama, diciéndose:

—¡Maldita nieve! ¡Un ciego podría descubrir mis huellas, si se lo propusiese!

Aquel hombre era conocido por el nombre del "Bandido Negro" y sus hazañas tenían en tal estado de alarma a la población vecina, que sobre la puerta de la administración de correos había un cartel que decía:

"Debido a las actividades del famoso Bandido Negro, esta compañía no se hace responsable de los envíos de oro, procedentes de la mina de Summit."

Y como prueba de lo justificada de aquella advertencia, en el despacho del administrador de la mina se celebraba una importante reunión, en la que se hallaban presente Nathan Jesup, administrador de la compañía explotadora de la mina, y uno de sus accionistas; Aaron Blaisdell, abogado y consejero de la compañía, y otros varios accionistas, para quienes aquel negocio no era nada lucrativo.

Blaisdell tenía la palabra en aquel momento y decía a los reunidos:

—Tenemos entendido que se piensa cerrar la mina, ¿es cierto?

—Claro, que sí—respondió Nathan—. Estamos ya cansados de enterrar dinero en un negocio que no produce nada.

—Eso no es cierto—exclamó el abogado—. En estos últimos tres meses hemos hecho envíos por valor de cien mil dólares!

—Cuyos cien mil dólares han ido a parar a manos de ese bandido, que nos está arruinando a todos—volvió a decir Nathan.

—Seguramente el corgamento de hoy estará ya en sus manos—dijo otro de los accionistas.

—Pues se llevará el gran chasco—exclamó Nathan—. En el saco no van más que pedruscos.

El verdadero oro no sale de mi casa, hasta mañana.

—Será lo mismo—le contestó el que antes había hablado—. Ese hombre huele el oro, como usted el coñac... a distancia.

La reunión quedó interrumpida en aquel punto, por las voces que se oyeron desde la calle. Acababa de llegar la diligencia y entre varios hombres sacaban del coche al conductor del mismo.

Nathan se acercó al grupo de curiosos y preguntó a uno de ellos:

—¿Qué ha sucedido?

—Lo de siempre—le respondió aquél indignado—. El coche ha sido asaltado y el conductor muerto.

—¿El Bandido Negro otra vez?—preguntó nuevamente Nathan—. Son ya cuatro los que han caído bajo las balas de ese demonio.

Aquel nuevo acto del bandido infundió tal pánico entre los accionistas de la mina, que uno de ellos exclamó, ofreciendo sus acciones:

—¡Vendo mis acciones de la mina, con un veinte por ciento de rebaja!

—¡Yo doy las mías con un treinta!—exclamó otro.

Nathan se indignó ante aquel acto y les dijo:

—¿No os da vergüenza de hablar de negocios, cuando acaban de matar a un pobre hombre?

—Yo, sin embargo—siguió diciendo Nathan—daría todo el dinero que tengo por ver colgado a ese bandido.

—¡Nunca lo veremos!—le respondió el otro accionista—mientras no tengamos un "sheriff" con nervios de hombre!

Nathan, que ocupa también el cargo de "sheriff", miró enérgicamente a su compañero, y le preguntó:

—¿Sería usted capaz de capturarlo?

—¿Quién sabe?—respondió.

Mas la discusión quedó terminada con la aparición de Mac Hale, que trala con él a un hombre detenido.

Era Mac Hale, un muchacho fuerte, simpático, valiente, como pocos, y a quien en la comarca conocían todos, por su rectitud en el cumplimiento de su obligación. Pertenecía a la Policía Montada y desde hacía tiempo que se dedicaba exclusivamente a la busca del Bandido Negro.

—¡Trae un prisionero!—exclamaron varios, al verlo llegar.

—Algún infeliz que estaría robando una gallina—respondió Aaron, con indiferencia.

Pero en aquel momento, el policía llegó al grupo y mostrando al detenido les dijo:

—Segui las huellas del que asaltó el coche y estas me llevaron a Frenchy.

—¡Vamos a hacer un escarmiento con él! —exclamó Nathan—. ¡Debemos proteger la propiedad, aunque haya que colgar a media docena de bandidos!

Fueron a arrojarle sobre el detenido, más Mac Hale, se interpuso, diciéndoles:

—¡No lo permitiré! ¡Yo estoy aquí para hacer respetar la ley, no para burlarla!

—¡Usted hará lo que quiera y nosotros lo que nos parezca mejor! —le respondió Nathan.

—Sólo hay una manera de tratar a los bandidos y ladrones y la vamos a emplear...

—¡Yo no puedo consentir eso! —volvió a decir el policía—. ¡Lo que pretendéis hacer es ir contra la Ley!

—La Ley es para los débiles y... las mujeres—volvió a insistir Nathan—. A nosotros no nos asusta!

Pero Mac Hale, desafiando las iras de todos los vecinos, consiguió abrirse paso y llevó al detenido a su casa, mientras que los demás protestaban de aquella determinación.

Segunda parte

Encerró al detenido en el calabozo que al efecto había en el cuartelillo de policía y sin más ayuda que él mismo, se dispuso a pasar allí la noche, para impedir que nadie pudiese entrar y atentar contra la vida del detenido. En aquellos instantes, hasta que se confesase autor de los hechos que se le imputaban y lo entregase a sus superiores, Mac Hale era responsable de aquel hombre y por nada del mundo habría permitido que aquellos hombres, excitado por las palabras del viejo Nathan, realizasen su propósito de colgarlo de un árbol.

Algunas horas después, cuando ya la noche había cerrado por completo, se presentó en casa de Mac Hale, el abogado de la compañía, diciéndole:

—En calidad de hombre de leyes, vengo a ofrecer mis servicios al prisionero.

—Me parece que en este caso perderá el tiempo inútilmente, Aaron—le dijo el policía.

—No obstante, es obligación mía—volvió

a insistir el abogado—. ¿Puedo entrar a hablar con él?

—La Ley lo permite y yo no puedo oponerme a ella—replicó Mac Hale, franqueándole la puerta del calabozo donde estaba el prisionero, quien al quedar solo con el abogado se apresuró a decirle:

—Sabía que tendría usted que venir. Si no me saca de este atolladero, revelaré todo lo que sé.

—¡Calla!—le dijo el abogado, casi tapándole la boca con la mano—. No hay que desesperar. Yo me arreglaré para que salgas de aquí.

Cuando consiguió convencer al prisionero de que no hablase, salió de la casa de Mac Hale, al mismo tiempo que Rosa, la hija de Nathan, llegaba. La muchacha se ocultó para que no la viese el abogado y cuando éste desapareció entró en casa del policía, que al verla corrió a ella diciéndole:

—No te esperaba, Rosa. ¿Como te has atrevido a venir a esta hora?

—Porque me he enterado de que mi padre viene hacia aquí con sus hombres.

—No te asustes—le dijo tranquilizándola Mac Hale—. Ya procuraré tenerlos a raya para que no hagan ningún disparate.

—Es que mi padre está frenético contra ti



Se aferró al cuello del policía...

—le dijo la joven—. Dice que por tu culpa no está colgado ya el Bandido Negro.

—Conozco a tu padre y sé que se deja llevar por el primer impulso, pero ya procuraré que no pase nada. Vere y queda tranquila.

—No me iré—exclamó enérgicamente la muchacha, aferrándose al cuello del policía—. Si tú te quedas aquí, me quedaré yo también.

Antes de que Mac Hale pudiera persua-

dirla de que él no corría peligro, se abrió la puerta y apareció Nathan, que al ver a su hija allí, exclamó, indignado:

—¿Conque has venido a prevenirle contra tu mismo padre?

—Se equivoca—exclamó Mac Hale, para defender a la muchacha—. Ella vino para rogarme que entregara el prisionero... y yo rehusé.

Nathan ordenó a su hija que saliese de la casa, y cuando quedó solo con Mac Hale, le dijo:

—Sentiría tener que disparar contra un hombre como usted, por causa de un miserable asesino... Pero usted nos lo entregará.

Mac Hale sacó la llave del calabozo donde estaba el prisionero, a la vez que le decía a Nathan:

—Aquí tiene usted la llave del calabozo. Arréstelo... si se atreve.

Pero al mismo tiempo que entregaba a Nathan la llave, daba también una pistola al prisionero Frenchy para que se defendiese. El padre de Rosa se vió sorprendido por aquella maniobra y no pudo hacer otra cosa que demostrar su extrañeza: diciéndole:

—¿Es posible? ¿Es usted capaz de armarle contra un amigo?

—Un hombre que está dispuesto a dispa-

rar contra mí, no es amigo mío—respondió sonriendo Mac Hale.

—Está bien—terminó diciendo Nathan a la vez que salía—. Ya encontraré el medio de obligarle a que nos entregue a ese hombre.

—Haga lo que quiera—le dijo Mac Hale, acompañándolo hasta la puerta, donde los hombres de Nathan esperaban el resultado de aquella entrevista.

Al volverse el policía, se vió sorprendido por el bandido que le encañonaba, diciéndole:

Ahora soy yo el amo de la situación. Entre usted en el calabozo.

Mac Hale, se echó a reír, y le dijo:

—Pero me creías lo suficiente imbécil para armarte de verdad? Dispara, ya verás como no tiene un solo cartucho la pistola.

Se convenció Frenchy de que la astucia del policía era mayor que su malicia, y como desde fuera empezaban a disparar, no les quedó tiempo más que para defenderse.

Con el fin de tener tiempo para la huida, Mac Hale amarró la pistola a uno de los pies de la mesa, con una cuerda sujetó el gatillo y de esta forma, mientras ellos escapaban podían mantener a raya a los hombres de Nathan.

Hecho esto, ordenó al prisionero, indicándole una puerta que había en el techo.

—Abre esa trampa y cuidado con intentar escapar, porque entonces sería yo el que te metería unos gramos de plomo en la cabeza.

Frenchy, viendo que era inútil cuanto hiciese, siguió al pie de la letra las instrucciones del policía, y segundos después se vieron los dos libres, en pleno campo.

Llevó el prisionero a casa de Aaron y se lo entregó, diciéndole:

—Aquí le traigo este pájaro. Vigílelo bien. Yo voy a buscar caballos para llevarle a Kingville. Si intenta escapar, mátele sin compasión.

Salió en busca de los caballos, mientras que el abogado, al quedar solo, abrió una trampa, que había en el suelo, y metía en ella al bandido, diciéndole antes:

—Amárrame y no te muevas de ahí, hasta que yo te lo diga. Hay que despistar a Mac Hale.

En efecto, poco después volvía el policía con los dos caballos y después de amarrarlos a un árbol próximo a la puerta del abogado, entró en el domicilio de éste:

La mesa estaba caída y sobre un camastro el abogado aparecía fuertemente atado.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó el policía.

—Mientras estaba bebiendo — le dijo el



—Si intenta escapar, mátele.

abogado —ese hombre me atacó por la espalda, me desarmó y ha logrado huir.

No satisfizo mucho aquella explicación al policía, quien ya había sospechado algo de la conducta del abogado, mas como no tenía pruebas para detenerlo, fingió creer lo que le decía y salió en busca del bandido.

Aaron esperó a que se alejase Mac Hale y cuando ya se comprendió seguro, sacó a Frenchy del escondite, y le dijo:

—Estás libre, pero no olvides que mañana hay que detener otro envío de mineral.

El peligro que había corrido de ser ahorcado, tenía atemorizado a Frenchy, quien pretendió negarse a la orden del abogado, diciéndole:

—No seguiré en adelante sus manejos. Un día me cogerán y no tendré salvación.

—Tú harás lo que yo te mande—exclamó el abogado—. Sabes que no te conviene negarte. Conozco demasiadas cosas tuyas.

Mientras hablaban, comían los dos cómplices y al terminar de cenar, Frenchy tomó el mismo caballo que Mac Hale había dejado amarrado al árbol y huyó hacia el campo.

BIBLIOTECA FILMS Y FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

Tercera parte

Mac Hale, después de recorrer varios kilómetros sin encontrar la pista del bandido, se convenció más de que el abogado le había engañado y volvió otra vez a la casa de éste. Al entrar, se fijó en la mesa, sobre la que había dos cubiertos y le preguntó:

—¿Quién se ha llevado el caballo que había en la puerta?

—No lo sé, durante su ausencia no me he preocupado de nada.

—¿Y tanto duró mi ausencia que ha tenido usted tiempo de hacer dos comidas?

—No he comido yo solo—respondió el abogado, que empezaba a dar muestras de azoramiento—. Doc Wilder ha estado aquí y hemos comido juntos.

No sabía que Doc fumase, no me acuerdo de haberle visto nunca un cigarro en la boca, pero en fin, habrá sido para distraerse.

No quiso insistir más para no despertar las sospechas del abogado; desde allí, se fué directamente a casa de Doc, a quien preguntó:

—¿Dígame Doc, a qué hora estuvo usted en casa de Aaron?

—¿En casa de Aaron?—preguntó extrañado.— Jamás le puse los pies allí.

—Gracias — replicó Mac Hale, — era eso lo que me interesaba saber.

Al atardecer del día siguiente, Nathan preparaba el envío del metal en un saquito y le decía a su hija:

—Quiero que lleves este saquito de mineral para el coche de las cuatro.

—¿No habrá peligro de que Frenchy se apodere de él?—preguntó su hija.

—No lo creo—respondió su padre. Ahora mismo salgo yo en persona en su busca... y será mejor que tu amigo, ese tío de Mac Hale, no le dé el aviso.

Salió su padre y poco después apareció Mac Hale en la casa. La muchacha al verlo corrió a él, preguntándole:

—¿No habrás venido a reñir con papá?

—No—respondió el policía— sólo quiero que me ayudes tú a prender a Frenchy. Por ahora, lo mejor es no hacer ningún envío.

—Pues papá está dispuesto a hacer hoy otro envío. Me ha encargado que lleve el saco al coche de las cuatro.

—Será mejor que no nos expongamos a perderlo. Las piedras son más baratas. Va-



Por tapado que fué en esconderse...

mos a llenar otro saco igual y evitaremos que se pierda.

Entre los dos muchachos llenaron de piedras un saquito idéntico al que tenía el oro y cuando ya había terminado la operación, volvió a entrar Nathan. Rosa asustada de que su padre viese allí a su novio, le dijo:

—Escóndete, por favor, si papá te viese se enfadaría.

Mas por mucha ligereza que tuvo Mac Hale en esconderse, no fué suficiente para que

el padre de la muchacha no le viese. Sin embargo, disimuló y se acercó a la puerta donde se había escondido el policía y lo encerró, guardándose la llave, al mismo tiempo que le decía:

—Lo que es ahora no te interpondrás para que no colguemos a Frenchy. Ya verás cómo yo lo pesco.

—Por favor—exclamó desesperado—. No debe encerrarme ahora. Tengo preparada una emboscada para prender a Frenchy.

Mas Nathan, sin hacerle caso, salió tranquilamente de la casa, sin acordarse tampoco que había otra llave del cuarto, que fué la que poco después utilizó Rosa, para abrir a su novio.

Con el fin de despistar al Bandido Negro, se había cambiado el horario de salida del coche, pero como esto lo sabía el abogado, no era extraño que también lo supiese Frenchy, que trabajaba a las órdenes de aquél. Aaron se situó sobre una colina y enfocando un pequeño espejo hacia el sitio donde sabía que estaba su cómplice, se entendió con él por medio de señales para designarle la hora en que debía pasar la diligencia.

Como de costumbre, desde hacía tiempo, al pasar ésta, le salió al paso el Bandido Negro, y encañonando a los ocupantes, les obligó a abandonar el coche, mientras él se

apoderaba del saco de mineral y huía luego rápidamente.

En camino contrario venia otro viajero: era el hijo de Nathan, que volvía de Kingville hacia Summit. Al verse descubierto el Frenchy, disparó contra el joven, que cayó herido, sin conocimiento. Inmediatamente se acercó a él, le colocó la capa y el antifaz y huyó luego, con el fin de que todos creyesen que el Bandido Negro era el hijo de Nathan.

Así sucedió en efecto, cuando los pasajeros del coche, repuestos de la primera impresión, persiguieron al Bandido Negro, llegaron hasta donde estaba el hermano de Rosa y creyendo que lo habían herido con sus disparos, exclamaron alegremente:

—¿Quién iba a pensar que era Joe el que se dedicaba a este negocio?

Fuertemente amarrado, lo condujeron a Summit, y dieron cuenta a Nathan de que el Bandido Negro estaba ya capturado, pero sin decirle quién era.

—¡Ahorcarlo inmediatamente! —exclamó Nathan—. ¡No quiero ni verlo!

Satisfecho porque por fin se iba a ver libre de aquel bandido, volvió a su casa y se encontró con Mac Hale, a quien le dijo:

—¿Y Rosa?

—Ha salido y durante su ausencia yo he conseguido abrir la puerta.

—Poco me importa ya— exclamó Nathan— Han cogido a tu amigo Frenchy y le dado instrucciones a los muchachos para que a estas horas esté ya flotando en el aire.

—Pongo en duda el que eso suceda— exclamó el policía.

Entró entonces apresuradamente Rosa y echándose en los brazos de su padre, le dijo llorando amargamente:

—Han arrestado a mi hermano Joe y creen que es el Bandido Negro.

—Pero si él está en Kingville —exclamó extrañado su padre.

—No, no—respondió desesperada la muchacha—. Lo han traído herido.

—¿Y usted ha dado orden de que ahorquen a su hijo?— preguntó Mac Hale acercándose al viejo.

—El no es culpable—respondió Nathan—. Podrá probarlo.

—¿Qué oportunidad le ha dado usted para probarlo? ¿Cuál le quería dar a Frenchy?

Pero el viejo no oía lo que le decía Mac Hale, todo su pensamiento estaba puesto en el peligro que corría su hijo, y exclamó desesperado:

—¡Hay que salvarle! ¡Es mi hijo!

—¡Ah, vamos!—le dijo irónicamente el policía—. Como es su hijo piensa ya diferente.

—Déjese de reconvenciones, Mac Hale—le

suplicó el viejo—. Haga algo... Usted es el representante de la Ley.

—Eso es precisamente lo que yo quería escuchar de usted—le respondió el policía—. Yo le salvaré, pero no se mueva de aquí. Usted lo echaría todo a perder.

Y mientras que el padre y la hija quedaban en la casa, llorando la desgracia que se cernía sobre ellos, Mac Hale corrió al sitio donde se hacían todos los preparativos para ahorcar a Joe.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

No deje de leer la novela más grande que se ha editado hasta el día, titulada

El Comediante

por ERNESTO VILCHES

96

PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA

Cuarta parte

Frenchy, en poder del saco que creía contenía el oro, fúe en husca de Aaron, que lo esperaba en el lugar convenido de antemano. Una vez los dos cómplices juntos, el abogado abrió el saco y al ver su contenido, exclamó:

—¡Piedras!

—¿Y para esto me he expuesto yo?

—Esto quiere decir — siguió diciendo el abogado, sin hacer caso de Frenchy —, que el oro no lo han enviado todavía.

—Pues yo no doy un paso más — le dijo su cómplice —. Usted me dijo que este sería el último golpe.

—Pero como nos ha fallado, tenemos que repetirlo — terminó diciéndole el abogado —. Espérame en la mina. Yo voy ahora para allí y me apoderaré del oro.

Se separaron los dos cómplices y mientras Frenchy se dirigía a la mina, el abogado fué a casa de Nathan, seguro de que el oro estaría allí.

Mac Hale llegó en el momento preciso,

cuando ya se disponían a ahorcar a Joé y les gritó, para que se detuvieran:

—¡Amigos míos, antes que linchar al Bandido Negro, hay que prenderlo!

—Ya estamos cansados de esas monsergas — le dijeron —. Este es el Bandido Negro.

Comprendió Mac Hale que nada haría detener a aquella gente y jugándose el todo por el todo, sacó su pistola y los intimidó, diciéndoles:

—¡El primero que se mueva es hombre muerto!

Sorprendidos por lo rápido de la acción no tuvieron tiempo para prestarse a la defensa y el policía, subiendo a su caballo a Joé, se alejó con él en dirección de la casa de su padre.

Antes de entrar en ella vieron a Aaron, que aprovechando la ausencia de Nathan y su hija, buscaba afanosamente en la caja, para poder abrirla. Mac Hale, concibió rápidamente una idea, que no tardó en poner en práctica. Se cambió de ropa y poniéndose la capa del Bandido Negro, y el antifaz que aun conservaba Joé, entró decidido adonde estaba el abogado, diciéndole:

—¡Escóndame pronto, que me persiguen!

—¿Por qué no estás en la mina como te ordené? — preguntó extrañado Aaron.

Mac Hale iba acercándose a él y el abogado, en vista de que no le contestaba, le dijo:

—¡Fuera ese antifaz y contésteme!

Pero al descubrir el rostro de Mac Hale, exclamó asustado:

—¡Usted!

—¡El mismo!—respondió aquél a la vez que lo encañonaba con su pistola—. ¡Ya era hora de que cayera usted, bandido!

Llamó Nathan y a su hija, al mismo tiempo que entraba Joe, y les dijo:

—Aquí tienen ustedes a Joé a salvo y al verdadero Bandido Negro.

Ya estaba el policía seguro de que había capturado al bandido, más de pronto sintió una voz a su espalda, al mismo tiempo que descansaba sobre él la boca de un revólver diciéndole:

—¡Arriba las manos!

—¡Frenchy!—exclamó el abogado al verse libre, gracias a la intervención de su cómplice.

Le quitó la pistola al policía y ordenó a Nathan.

—Abra esa caja en seguida.

—No lo haga—le advirtió el policía—. Sabe que está ahí el oro y quiere llevárselo.

Se resistió el viejo a hacerlo y el abogado, dando muestras de sus innobles sentimientos



—¡Arriba las manos!

cogió un tango que había sobre la mesa y golpeó fuertemente a Nathan, a la vez que le decía:

—Si no la abre pronto, le juro que morirá a mis manos.

Mac Hale presenciaba toda aquella escena imposibilitado de poder hacer nada, mientras que Joé, perdido el conocimiento por la pérdida de sangre, permanecía en un rincón.

Rosa miraba espantada a aquel hombre

que tal cruelmente golpeaba a su padre, hasta que por fin lo detuvo, diciéndole:

—Yo la abriré. No le golpee más.

—Ya decía yo que este látigo sería una buena ganzúa—replicó irónicamente el abogado.

Rosita se acercó a la caja y la abrió para entregarle al bandido el oro que horas antes había ella ocultado allí por iniciativa de su novio.

Mas los hechos no suelen desarrollarse siempre a medida de nuestros deseos, y por más suerte que hasta entonces había tenido el abogado, parecía que su buena estrella empezaba ya a eclipsarse.

Cuando Mac Hale huyó con Joé, los que le habían prendido salieron en persecución suya, si bien es verdad que mientras montaron y se dispusieron para prenderlo, los dos muchachos habían ya ganado bastante terreno. No obstante, ellos no perdieron la esperanza de darles alcance y de capturar nuevamente a quien estaban convencidos de que era el verdadero Bandido Negro.

Seguros de que los fugitivos habrían ido directamente a casa del padre del joven, allí se dirigieron todos, sin sospechar ellos mismos el servicio que iban a prestar.

Ya tenía Aaron en su poder el saquito que contenía el precioso metal, cuando de pron-

to se abrió la puerta y aparecieron los que venían en persecución de Mac Hale y de Joé. Su presencia desconcertó, por completo a Aaron, que quiso ganar la salida con su revólver, pero Mac Hale, que no le perdía de vista, en cuando se vió fuera del cañón del revólver de Frenchy, se lanzó sobre el abogado y de un tremendo puñetazo, lo hizo rodar por el suelo.

Se levantó aquél, no pensando en otra cosa que en huir, y otro golpe del policía lo detuvo nuevamente, arrojándolo contra la mesa. Comprendió que era inútil rehuir la pelea y se dispuso a responder a su adversario. Podía decirse que la fuerza de los dos estaba nivelada, aunque Hale tenía en su favor el de ser más práctico en el manejo de los puños, los cuales no paraban de castigar duramente a Aaron.

Durante unos segundos nadie podía adivinar quién sería el que vencería en aquella pelea, hasta que varios golpes repetidos de Mac Hale terminaron por dominar al abogado, que exclamó:

—¡Basta! ¡Me doy por vencido! ¡Pueden prenderme!

Mac Hale le colocó las esposas y los que habían llegado al darse cuenta de que los culpables eran Aaron y Frenchy, quisieron arrojarlos sobre ellos.

—¡Hay que hacer un escarmiento con estos hombres!—gritaron—. ¡Hay que ahorcarlos ahora mismo!

—¡Quietos todos!—exclamó esta vez Nathan—. Nosotros no podemos castigarlos—. Dejad a la Ley que los juzgue! Tienen derecho a defenderse.

Todos miraron extrañados a Nathan, sin poder comprender sus palabras, mas éste siguió diciéndoles:

—Es un derecho que no podemos negarle, como tampoco se le debió negar a mi hijo.

El ejemplo de hacía poco, cuando iban a castigar a un inocente les defuyn, y por fin, aceptaron la decisión de Nathan, diciendo:

—Conformes. Que Mac Hale se haga cargo de ellos.

—No basta con eso—siguió hablando Nathan, dirigiéndose ahora a sus compañeros del negocio de la mina—. Debemos hacer más todavía, castigar también a Mac Hale.

—¿Castigar a Mac Hale?—preguntó un accionista extrañado—. ¡Pero si gracias a él podremos tener ahora una ganancia fabulosa!

—Pues por eso mismo—le respondió Nathan—. En castigo de todo lo que ha hecho, debemos expulsarlo de la oficina de la policía... y hacerlo primer accionista de la compañía que ha salvado.



Más drama en el negocio de los puños.

—¡Aceptado!—exclamaron todos, al mismo tiempo que estrechaba la mano del valiente joven.

Nathan fue el que se dio cuenta de que allí sobraban todos, incluso él mismo, y dejó a sus amigos:

—Ahora vámonos, porque me parece que Mac Hale tiene que decirle no sé qué cosa a mi hija.

Quedaron los dos jóvenes solos y Mac Hale le preguntó:

—¿Estás ahora contenta?

—Mucho—respondió la joven—. Ya no habrá nada que se oponga a nuestra dicha, ¿verdad?

—Ya no tendré que salir de aquí—le contestó el muchacho—. Ya verás, ya verás qué buen marido voy a ser.

Estrechó a la muchacha en sus brazos y mientras se besaban, sin pensar en otra cosa que en ellos, entró calladamente Nathan y colocando una esposa en la mano de su hija y otra en la de Mac Hale, les dijo, riendo:

—Recordad que hay una Ley para todo. Tú Mac Hale, me has robado a mi hija y quedas aquí prisionero para toda la vida... ¿Aceptas el fallo?

—¡Con toda mi alma!—exclamó el joven—. No hacían falta estas esposas. Nuestro cariño es más fuerte que ellas.

Y una vez el Bandido Negro desaparecido, la mina de oro volvió a ser otra vez lo que en tiempos atrás, gracias a la intervención que hacía el policía Mac Hale, ahora primer accionista.

FIN

EUROPA

llene puesto los ojos en el lejano Oriente. Suena el zumbido del cañón y el tableteo horrísono de la ametralladora lastima sus oídos.

ENTÉRESE

del curso que sigue el
Conflicto chino-japonés

comprando los cuadernos
semanales que publica
Ediciones Biblioteca Films

Reportaje hecho en el mismo frente de batalla avalado con profusión de fotografías enviadas por avión.

20 ctms. cuaderno.

— PEDIDOS A
Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

UN ACIERTO EDITORIAL....

lo ha constituido la nueva publicación
CANCIONERO POPULAR

VEINTE canciones de éxito en cada cuaderno

32 páginas de texto **30** céntimos

Núm. 1 CARLOS GARDEL

en sus creaciones **LUERES DE BUENOS AIRES**
y los tangos más modernos.

Núm. 2 IMPERIO ARGENTINA

en sus canciones populares
LO MEJOR ES REIR, SU NOCHE DE BODAS,
CINOPOLIS y sus últimas canciones.

Núm. 3 JEANNETTE MAC DONALD

en sus grandes creaciones
EL DESFILE DEL AMOR, EL REY VAGA-
BUNJO y sus más recientes creaciones.

Núm. 4 JOSÉ MOJICA

en sus creaciones **LA LEY DEL HAREM,**
HAY QUE CERRAR EL PRÍNCIPE, LADRÓN
DE AMOR, y EL PRECIO DE UN BESO.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remiten número, apellidos y direcciones completas, por
servicio del importe en sellos de correo. Remiten cinco
litos para el certificado. Envíen gratis.

Tarjetas postales al Bromuro y esmaltadas

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2'50 pesetas colección

Serie A

Clara Bow
Bus Carol
Dolores del Río
Janet Gaynor
María Casquana
Ramón Novarro
Charles Farrell
George O'Brien
John Gilbert
Charles Morton

Serie B

Tom Mix
Tom Tyler
Charles Jones
Hoot Gibson
Fred Thomson
Rex Bell
Buffalo Bill
Fred Hunter
Chiquilla
Chapita

Serie C

Greta Garbo
Gloria Swanson
Lillian Gish
Vilma Banky
Mary Douglas
Rodolfo Valentino
Nils Asther
Adolfo Menjón
Richard Dix
Gary Cooper

Serie D

Los diez más sugestivos besos
po los artistas más simpáticos

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. 2'50 pesetas colección

EL DESFILE DEL AMOR . M. Chevalier
EL ARCA DE NOE . Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO . Douglas Fairbanks
BEN-HUR . Ramón Novarro
LOS CUATRO DIABLOS . Janet Gaynor

NO SE VENDEN POSTALES SUELTAS

Pedidos a

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.